

La continuidad

GONZALO ANES*

La historia humana es continuidad y es cambio. No podemos dar testimonios fidedignos de cómo las gentes de tiempos remotos vieron las continuidades y los cambios. Sí sabemos que hubo épocas en las que no se tenía conciencia de que las cosas cambiasen de forma radical, sino, más bien, de que todo permanecía más o menos estable.

Para los tiempos comprendidos entre el siglo XV y el XX, es muy frecuente encontrar testimonios de que se tenía conciencia de épocas pasadas de esplendor, a las que habrían sucedido otras de penuria y decadencia. Para España, basta leer los títulos de las obras de escritores políticos y de arbitristas del siglo XVII: los sustantivos “restauración”, “decadencia”, expresiones como “esplendores pasados” son muy comunes en estas obras, lo mismo que las descripciones de una supuesta antigua prosperidad de España anegada en el recuerdo y con tristes continuidades en el presente en que se vive. Juan Valverde de Arrieta escribió un libro, en 1578, titulado *Despertador* que trata de la gran fertilidad, riqueza, baratura, armas y caballos que la España solía tener y la

* Director de la Real Academia de la Historia.

causa de los daños y falta, con el remedio suficiente, cuyo enunciado ya revela el argumento en que se funda.

Los escritores políticos del siglo XVII y los arbitristas o proyectistas originaron un género que tuvo eco en la literatura de la época y proyecciones que aún se mantienen en nuestros días. Su influencia fue tal que hasta en la literatura agro-económica del siglo de las luces se formuló la idea de que, en tiempos pasados, la agricultura había alcanzado, en España, gran expansión y prosperidad, seguida de decadencia, abandono de cultivos y descenso de la producción agrícola. Jovellanos, en el famoso Informe sobre la ley agraria, reconoció que era común, en los últimos decenios del siglo XVIII, suponer que la agricultura estaba en una extraordinaria decadencia. Era general ese planteamiento, a pesar —y así lo dice él— de que la agricultura había recibido, en aquella centuria, “el aumento más considerable”. Aunque esto era “una verdad notoria”, no por ello dejaban los agraristas de “clamar y ponderar” aquella decadencia, por lo que, con tal convencimiento, fundaban en ella “soñados sistemas de restablecimiento”.

La sensación de decadencia tan generalmente sentida llevaba a buscar las causas de los males y a querer superarlos. Un sencillo dibujo me permitirá ilustrar esta actitud, tan común en el siglo de las luces, de sensación de decadencia general. Se trata de un emblema en el que aparecen tres negros nubarrones que ilumina con sus rayos de luz un sol resplandeciente. En la parte inferior de este dibujo se quiso representar un campo sin cultivos, sólo con algunas matas y muy pocos árboles, nada frondosos, por cierto. Al fondo, se puede ver el perfil de un pueblo, en el que destacan los contornos de las torres de las iglesias. Como si hubiera habido una tempestad, a la izquierda del dibujo se representa un arco iris. Como se ve enseguida, resultaría imposible deducir de la contemplación de este dibujo nada que tenga que ver con continuidad, con crecimiento o con decadencia. Sin embargo, no es así. Y no es así, porque el dibujo se hizo para grabarlo de modo que sirviese de sello de la Sociedad Económica de Valladolid. Como empresa o sello de la corporación, se describió en el título XVI, apartado I, de los Estatutos. El lema elegido por los ilustrados fundadores de la Sociedad económica de Valladolid sí que nos proporciona alguna luz para interpretar el significado del sol y de los nubarrones: “Disipando ilustra”. El sol representa las luces y los nubarrones las sombras, sus contrarias. La descripción literaria del emblema, por sí sola, permite sintetizar en pocas palabras lo que significaba la sensación de decadencia, de fracaso, de retroceso, tan común en las gentes ilustradas del siglo XVIII. Con la alegoría, quisieron los Amigos del País significar que la sociedad que fundaban se proponía “dar las luces convenientes” para disipar las sombras que habían oscurecido por más de tres siglos agricultura, industria y artes en Valladolid y su provincia, “restituyéndolas, no sólo a su antiguo esplendor, sino ilustrándolas con nuevas luces y adelantamientos”. Los Amigos del País esperaban que agricultura, industria y artes no volviesen a padecer “nuevo diluvio de ignorancias, contradicciones y desprecios”. Para conseguirlo, se prometían trabajar y ser constantes, con el deseo de alcanzar el cumplimiento de sus fines. El arco iris simbolizaba no sólo el “amor ardiente” de los socios al bien público y su celo, sino también la esperanza de conseguir lo que se proponían. En este emblema del siglo de las luces y en su descripción, aparecen las dos tendencias que caracterizan a la sociedad europea de los tiempos modernos. El deseo de innovar y el rechazo a lo viejo y caduco. Las tendencias contrapuestas de defensa y exaltación de lo nuevo, el gusto por las novedades fueron siempre compatibles con el sentimiento de continuidad.

José Antonio Maravall dedicó interesantes páginas a La continuidad, el principio de las culturas europeas. Señaló en ellas que, a finales del siglo XV y en las centurias posteriores, hubo siempre quienes tuvieron la impresión de empeoramiento por los cambios transformadores de la sociedad y de la economía y por la inestabilidad aparente que provocan. Ésa es la causa de que hubiera siempre quienes quisiesen restablecer el equilibrio, “el nivel” que se cree perdido. Con todo, la continuidad fue en los países del occidente europeo una tendencia a unir elementos literarios, artísticos, filosóficos, científicos de procedencia variada, tanto de la antigüedad clásica como de la Edad Media. Por ello, la continuidad ha sido, en la historia, como un río caudaloso en el que se incorporaron siempre el saber y la idea del progresivo mejoramiento de la humanidad.

Hay quienes llegan a afirmar que el historiador, al investigar el pasado y pensar en el presente, se funda en el convencimiento de que siempre será lo mismo: que lo que ocurrió en el pasado indica lo que ocurrirá en el futuro. No cabe mayor exaltación de la continuidad. Lo expresó así Antonio de Herrera en su Discurso sobre la Historia y la prudencia al señalar que es necesario estudiar el pasado porque, “sucediendo siempre unos mismos accidentes, como son mudanzas de reinos y estados, los pasados nos instruyen para que, determinando sobre lo presente, conozcamos lo venidero”. Cabrera de Córdoba será igualmente explícito al afirmar que quien “mira la historia de los antiguos tiempos atentamente y lo que enseñan”, “tiene luz para las cosas futuras, pues una misma manera de mundo es toda”. Esa idea de continuidad del acontecer en el tiempo, el convencimiento de que “nada hay nuevo bajo el sol” tuvo más vigencia en España que en ningún otro país del occidente europeo. Un enseñante de la Historia, Fray Jerónimo de San José, en una obra que lleva por título Genio de la Historia, llega a afirmar:

“Como ninguna cosa haya ni suceda nueva debajo del sol, esto es, ninguna cosa semejante no se haya visto en los siglos que pasaron, así todas las que nos precedieron aprovechan para disponer bien las que traemos entre manos y prevenirse el hombre para las que en adelante pueden y suelen suceder”.

El interés por la historia en la Europa renacentista se fundó en el convencimiento de lo permanente y regular de los fenómenos naturales. Posteriormente, se formuló una teoría de la historia en la que pasó a tener prioridad la atención a lo mutante, a lo peculiar, a lo irrepitable de las acciones humanas.

La continuidad entre los siglos XX y XXI. En el siglo XX, hubo continuidad en la tendencia al desarrollo económico y en que se mitigaran las distancias extremas de pobreza, a pesar del aumento explosivo de la población. En 1900, el mundo tenía mil seiscientos treinta y cuatro millones de habitantes. En el año 2000, sobrepasa los seis mil: se cuadruplicó durante el siglo, y se estima que alcanzará los once mil millones en el año 2100. El aumento de la tasa de natalidad en los países más pobres origina problemas gravísimos de desequilibrio entre población y recursos. Como ocurre siempre en la historia, las continuidades han estado acompañadas de importantes cambios políticos y hasta de convulsiones revolucionarias que provocaron quiebras o rupturas de la tendencia general al desarrollo. Aunque fueron, por fortuna, de corta duración, si se considera el tiempo de su vigencia en relación con todo el siglo, las alteraciones afectaron de forma desigual a quienes las padecieron. Así, en España, las alteraciones políticas y sociales que originó la segunda república, con su colofón de guerra civil y de post-guerra, fueron, para quienes las sufrieron, un tiempo largo, en el

que o perdieron sus vidas o sufrieron las consecuencias durante veinte años o más, según que vivieran en España o se exiliaran. Para quienes padecieron esas rupturas, la quiebra en la tendencia significó muerte o desgracia. Para ellos, lo que aconteció no fue simple episodio que no cambió la tendencia al desarrollo económico y a la mejora del bienestar general: la quiebra de la tendencia fue algo definitivo. Sólo quienes hemos vivido aquella tragedia, en la primera infancia, y quienes nacieron después podemos entender que el siglo XX fue de continuidad en su tendencia al crecimiento económico-social. Igual cabe decir de quienes sufrieron los efectos de la “Gran Guerra” (1914-1918), del estalinismo, del nazismo y de las catástrofes de la II Guerra Mundial. Sólo para quienes hemos vivido lo esencial de nuestra existencia durante la segunda mitad del siglo tiene sentido el vocablo continuidad en el desarrollo económico, social y cultural.

La continuidad en los esfuerzos de unión y cooperación. La tendencia a la unión de reinos mediante conquistas o matrimonios de príncipes se dio, en la Europa medieval, con éxitos notables de los que tenemos ejemplos en España. El lema de los Habsburgo muestra cómo la política matrimonial era la vía preferida para la unión de reinos, siempre con el propósito, con Carlos V, de conseguir reunificar toda la cristiandad. El proceso de unificación hubiera alcanzado importante nivel con la unión de las coronas de España y Francia. El testamento de Carlos II hizo recaer los derechos hereditarios en la línea primogénita de Luis XIV, por el matrimonio de este monarca con la Infanta María Teresa, hija de Felipe IV. La política que condujo al llamado “equilibrio europeo” evitó la unión de las coronas de España y Francia, y originó el conflicto armado entre potencias conocido como “guerra de sucesión”.

El proyecto napoleónico de conseguir la unión europea por la fuerza de las armas originó resistencias y situaciones dramáticas, que retrasaron el crecimiento económico de toda Europa con influencias negativas en la América española. Ya en el siglo XX, la Gran Guerra tuvo como resultado la desintegración del imperio Austro-Húngaro y que se constituyeran nuevas naciones. Las naciones creadas no sólo supusieron fragmentación y que aumentaran las fronteras de Europa en miles de kilómetros, sino que su artificialidad originó problemas que no se han solucionado aún. La guerra provocó destrucciones, muertes, interrupción y desorden de las relaciones económicas tradicionales. Todo ello fue efecto y secuela del gran conflicto armado, lo mismo que los procesos inflacionistas y el desorden social y político posteriores. La revolución rusa y el nazismo fueron también consecuencia de la Gran Guerra. La segunda guerra mundial provocó destrucciones aun mayores y la división de Europa en dos bloques, separados por el “telón de acero”.

La experiencia de lo ocurrido después de la Gran Guerra impulsó, después de la segunda, a fomentar la unión y la cooperación entre países, de las que resultaron el tratado de Roma, el Mercado Común, la Comunidad Europea y la Unión, con lo que la vieja idea de Europa volvió a estar vigente en el último cuarto del siglo XX: unas instituciones, una moneda, un mercado interior único y la solidaridad de los países más desarrollados de la Unión con los menos desarrollados mediante la transferencia de los llamados fondos de cohesión. Esta solidaridad habrá de intensificarse con la incorporación de los países del centro y este de Europa, en los próximos años. En el futuro próximo, es de esperar que se organice una política exterior y un programa de seguridad común en la Europa Unida.

La inmigración. El proceso inmigratorio es una continuidad en la historia. Los países con nivel de vida alto o con posibilidades de trabajo y de desarrollo atrajeron siempre a gentes deseosas de vivir mejor. La asimilación de los inmigrantes y la integración de éstos en los países a los que se dirigieron ha sido también una continuidad en la historia. Es de esperar que las resistencias actuales a la integración sean transitorias y que el credo religioso no impida a los inmigrantes asimilar formas de vida y actitudes políticas y culturales de los países en que residen. En Francia ya hay más musulmanes que católicos practicantes. La reacción ante los inmigrantes explica cambios tan inesperados como los que reflejó la primera vuelta de las elecciones que acaban de celebrarse en Francia.

La continuidad del mal. También cabe hablar de continuidad en las desgracias, en las catástrofes, en la existencia del mal tan presente siempre como el bien, aunque no falten nunca quienes interesadamente se nieguen a admitirlo por no estar dispuestos a combatir sus causas. En este ciclo de conferencias se ha tratado del nuevo terrorismo: sabemos que el terrorismo y la violencia son una de las continuidades de la historia humana. Los terroristas se aprovechan de los perfeccionamientos de la técnica y los aplican para alcanzar sus fines macabros. Hemos visto, en los últimos decenios del siglo XX, cómo los terroristas, en todas sus actuaciones, han tenido como móvil esencial de su conducta algo que también es una constante en la historia: el fanatismo religioso y el político.

El fanatismo es una de las continuidades de la historia, acrecentado con el tiempo, en cuanto a la eficacia de su acción. Es de esperar que, a medida que se generalicen en el mundo otras continuidades de la historia, y que son las contrarias al fanatismo, el esfuerzo por comprender al otro, la duda de si quien piensa lo contrario que uno puede tener razón, decrecerá la intolerancia. Para que ocurra esto, habrá de ser más intensa la “propagación de las luces”, como querían los ilustrados del siglo XVIII. La enseñanza, la educación habrán de difundirse en el mundo con toda la intensidad y eficacia que permite la nueva tecnología. Es de desear que se apliquen a este fin todos los recursos posibles y así se superará otra de las grandes continuidades de la historia: la de encerrar a las mujeres para “sofocar sus luces” y perpetuar el dominio masculino sobre ellas.

La rapidez del acontecer está favorecida por la eficacia de los medios de comunicación. Con el conocimiento de lo que ocurre en zonas del mundo en las que las mujeres han hecho posible que disminuyeran las trabas que les imponían tradiciones y leyes, habrá en un futuro próximo movimientos de rechazo a las situaciones de sometimiento.

En los años 1770-1790, se quería, en España, que desaparecieran de una vez y definitivamente las supervivencias del mahometismo que aún quería tener a las mujeres encerradas para impedir que aprendieran y que trabajaran. El mahometismo era la mejor fórmula para someterlas e impedir su autonomía. Aún hay amplias zonas del mundo en las que continúa el sometimiento femenino, con todas sus consecuencias negativas. Es de esperar que estas situaciones se superen y que la liberación de las mujeres en todo el mundo sea una de las más importantes conquistas del siglo XXI.

* * *

Lo que permanece, lo que continúa, puede ser un estímulo en la vida. Conservar lo que se ha conseguido después de siglos de trabajo y de acción inteligente fue siempre y será la esencia de la civilización. Julián Marías nos recordaba en su tercera de ABC del 18 de este mes que la continuidad histórica es condición esencial de la fecundidad y que continuidad quiere decir necesidad de continuar, en el sentido de que es preciso fundarse en el pasado y poseerlo para seguir adelante. Ocurre que hay quienes actúan en su posesión del pasado de forma parcial y dogmática, en cuanto que sólo se fijan en algún momento aislado —el que les conviene— para darle actualidad y nueva vida. No saben, por no haberlos vivido ni estudiado, lo que de verdad implicaron esos momentos que rememoran, o los símbolos que utilizan para significarlos. Rememorar sin memoria es un absurdo que parece no puede darse en mentes racionales. Pues se da. Basta ver los símbolos que enarbolan jóvenes de hoy en algaradas y manifestaciones, sin saber lo que significan y a que responden. Ocurre así por ignorar la historia de la parte del mundo en la que ha habido siempre cambios culturales y religiosos, innovaciones técnicas y creación de instituciones políticas que han permitido alcanzar los niveles de convivencia y de bienestar de que disfrutamos. Todo esto se consiguió durante siglos, en esa parte del mundo que llamamos Occidente. Conviene siempre compararla con otros espacios del planeta en los que predominan el estancamiento y la regresión en las prácticas religiosas, en el gobierno político y en el entendimiento de la vida y de los valores humanos. Así seremos más firmes en la defensa de los principios en los que se asienta la civilidad de que disfrutamos.